



EL CONCEPTO DE ELEMENTO EN EL LIBER PARAMIRUM DE PARACELSO (II PARTE)

III. El elemento, agente microcósmico

Toda forma de saber, todo aspecto de la creación humana, adquiriría su verdadero sentido para los pensadores renacentistas en función de las necesidades físicas o espirituales, que resultara capaz de colmar. Esta visión humanista de la cultura y la investigación científico-natural, condiciona el surgimiento de la iatroquímica, la química al servicio de la medicina, la más noble de las artes, por conservar, en el alma y el cuerpo del hombre el equilibrio llamado salud restituirlo, conociendo las causas que lo alteran. En la dedicatoria de la obra, elogia a De Wadt por ser conocido "como uno de los principales defensores de la verdad de la Eternidad, así como de las cosas del cuerpo, en las que igualmente habita el eterno Principio".²⁶ Es decir, la misma relación del cuerpo con lo divino que resaltarán Leonardo, Botticelli, Donatello, Dürer en el plano plástico, es el punto de partida para la renovación que en el campo de la alquimia realiza Paracelso al vincularla indisolublemente con la medicina. Ciencia rectora, según afirmamos en el epígrafe anterior, corrobora lo que M. Shitikov acertadamente caracteriza como transformación de la antropología humanista, de axiología —en su etapa más temprana— en principio metodológico del conocimiento científico,²⁷ pues requiere de la más

profunda actitud filosófica además del conocimiento de la naturaleza. El hombre, en su condición de microcosmos, no puede ser analizado de la misma forma que cualquier otro fenómeno, pues no pertenece a ningún tipo particular, sino que los contiene y supera a todos. De acuerdo con la doctrina de Pico, los objetos de la naturaleza se encuentran sometidos a leyes rígidas e invariables. El hombre en cambio, es libre, y no porque puede escapar sin más a las mismas, sino porque posee actividad, fuerza e inteligencia, que le permiten avanzar evolutivamente, conociendo la naturaleza y regulando el cumplimiento de sus leyes según sus fines; en suma, no es pasivo juguete del destino sino que conjuga libre albedrío y determinismo de manera tal que sólo por su acción se desplegará todo cuanto en él permanece como posibilidad latente.

Francis Bacon en su *Novum organum*,²⁸ Leibniz en su *Discurso de metafísica*,²⁹ presentarán, en distintas variantes, la doctrina original que Pico expusiera en su *De hominis dignitate*.³⁰ En el siglo XVI, en el que la investigación científico-natural sobre el hombre equipara ya su valoración estética, se convierte en medida de la importancia de las ciencias

²⁶ Véase:

Bacon, F. *Novum Organum*. Ed. Losada, S. A. B. Aires, 1961. Libro I, p. 71-73. Si bien aquí se presenta con un matiz gnoseológico el problema de la libertad humana, no se olvida nunca el fin práctico.

²⁹ Leibniz, G. W. *Discurso de metafísica*. Revista de Occidente. Madrid, 1942, Eps. 13 y 32 donde trata del problema de la libertad y la necesidad, contra el determinismo absoluto.

²⁶ Paracelso, Ob cit. p. 141.

²⁷ Véase:

Shitikov, M. "Problema dostoinstva cheloveka v filosofii epojil Vozrozhdeniia". En: *Istoriiko-filosofskie issledovania. Problema cheloveka v domarksistskoi filosofii*. Ural'skii gosudarstvennii universitet. Sverdlovsk, 1978, s. 63.

el beneficio que éstas reporten al hombre. Este, que podemos considerar un verdadero postulado de la ciencia renacentista adquiere el carácter de criterio de verdad en pensadores como Paracelso: lo que conviene al hombre conviene al universo entero, siendo el uno una reproducción del otro. La medicina, ciencia sobre el hombre, posee entonces alcance universal. Por esto la alquimia ha de devenir iatroquímica: la ciencia sobre el funcionamiento de la naturaleza a partir de los elementos que la componen, que traza su evolución hacia lo incorruptible, no puede ser otra cosa que la ciencia sobre el equilibrio de dichos elementos en el microcosmos, la enfermedad y la muerte, o la prolongación de la vida.

Ya hemos visto que resulta imposible, según Paracelso, conocer al hombre sin un previo estudio de todo el mundo, orgánico e inorgánico. Este conocimiento distingue a los verdaderos médicos de falsarios y estafadores. Pero algo más es necesario: la fe del paciente en el médico.³¹ Sin ella, el saber del médico carece de eficacia curativa. No debe olvidarse que los mismos principios componentes de los fenómenos y del cuerpo humano constituyen, en formas más sutiles, su *ánima* y su espíritu, según la distinción neoplatónica. De ahí que la correlación psicofísica quede también implicada en la enfermedad y en la curación. Desechada la teoría de los humores,³² es sólo la estructura química la que determina las enfermedades. Si alguno de los tres principios se hace más o menos ligero, se licúa, solidifica o sublima, puede tornarse en veneno o desecho y, de no ser neutralizado o eliminado provocar hasta la muerte.

³⁰ Véase:

Wind, E. ob. cit. cap. XIII: "Pan y Proteo": "... la gloria del hombre se deriva de su mutualidad" (p. 193).

Véase también el juicio de Shitikov acerca de la doctrina de Pico sobre el hombre como "escultor de sí mismo", su fundamentación del desarrollo humano como necesario y su influencia en la antropología moderna y contemporánea, en la obra citada, c. 66-67.

- Hipócrates, Galeno y la medicina escolástica hablaron de la enfermedad como una alteración en el equilibrio de los humores, la imprecisa definición, según Paracelso, pues no explican las causas, y en cambio, se sobrevaloran los síntomas, que no son más que signos que alertan del trastorno. Por eso deben estudiarse las entidades morbosas, cuya última composición consiste en azufre, sel y mercurio. Como ejemplo de lo primero puede citarse el esofismo 23 de Hipócrates. "Es menester purgar y remover los humores, cuando están cocidos, mas no en estado de crudeza, ni el principio de las enfermedades, a menos que haya urgencia, lo cual ocurre rara vez" (*Aforismos y Sentencias*, ed. TOR. B. Alres, s/f, p. 21) o bien, de lo segundo, los Nos. 148, 149 y 150.

No comparte Paracelso el peregrino criterio de otros alquimistas como Flammel sobre la inmortalidad. Aunque la muerte es un cambio de existencia caracterizado por la disgregación de lo que se mantenía armoniosamente unido, a lo que se llama corrupción, el sujeto, como tal, desaparece. La muerte es ley, por lo que la vida resulta un fenómeno eterno en sentido amplio, pero inestable en sus formas particulares de organización. Aunque es indestructible como propiedad general del universo, los seres dotados de la misma, en cualquiera de sus grados, están destinados a desaparecer. Tres pueden ser las vías: ruptura del equilibrio entre el organismo y el medio, disposición contraria de los astros —lo cual sigue la tradición hermética— y la ley del tiempo.³² El primer caso es el terreno en el cual la medicina puede dar mejores frutos, pues es posible restituir dicho equilibrio mediante la iatroquímica. El segundo requiere la magia natural, y a ésta se dedica una buena parte de la obra paracélsica. En la *Archidoxia mágica*, por ejemplo, se explica el poder de amuletos consagrados por el poder de la palabra bajo conjunciones astrales propicias y no a otra razón obedece su interés por la fabricación del homúnculo, quien, al captar más fácilmente las influencias astrales negativas debido a la posesión de sensibilidad sin inteligencia propia, preservarla de las mismas al hombre. Contra la tercera, fruto de la predestinación, de la propia condición finita del hombre nadie puede, aunque se retarde o acelere por las dos primeras causas.

La base de la terapéutica consiste entonces en determinar qué tipo de alteración de la composición química del cuerpo o del proceso del intercambio con el exterior, metabólico, se asocia a cada enfermedad, con el fin de regularla y volver a su cauce el funcionamiento del organismo. De igual forma que el principio M regula la armonía del macrocosmos, es decir, su metabolismo, según la concepción neoplatónica, existe un análogo en el hombre. Por eso es indispensable el estudio de lo que llama Paracelso las dos anatomías: la primera, descriptiva de los órganos, su disposición y su configuración ("anatomía local") y la segunda, que estudia las sustancias, la conformación química de cada órgano, los cambios y reacciones que se producen ("anatomía material").³³ Obsérvese que la segunda, equivale a lo que entendemos en nuestros días por fisiología.

³¹ Paracelso. Ob. cit. p. 149. "El conocimiento del médico por sus enfermos es parte de su medicina. Por eso sólo aquel cuya presencia se reclama es el verdadero médico, capaz de dar toda la medicina de la tierra".

³² Paracelso, Ob. cit. p. 160.

³³ Paracelso, Ob. cit. pp. 177-179.

También es necesario estudiar cada una de estas dos anatomías en condiciones de salud y enfermedad. Se insinúa aquí ya la necesidad de una anatomía y una fisiología patológicas. La enfermedad, como la muerte, es en última instancia, un proceso químico, de paulatina descomposición y no simplemente la exhalación del alma. Ignorar estas razones conduce a tratar incorrectamente las enfermedades, juzgando como males los síntomas que no son sino consecuencias del morbo, en lugar de atacar las causas que los provocan. La medicina pues, no es un formulario de dolencias y específicos sino una profunda y constante investigación sobre el organismo humano y las múltiples variantes de su conformación y afecciones. Así escribe: "cuando la frente arde y la cabeza está inflamada, cuando todo el cuerpo está dolorido, las orinas enrojecidas, el pulso rápido y el hígado desecado. . . ¿qué quiere decir? Quiere decir por cierto que hay una enfermedad, aunque en modo alguno estos signos sean la enfermedad y si únicamente su imitación o expresión".³⁴ Paracelso rechaza la teoría de los humores que nada determinan en el origen de la enfermedad, con lo cual se opone a la escuela galénica: algo más específico, o sea, el funcionamiento de los tres principios en el organismo, es la causa de la enfermedad. Estas pueden clasificarse entonces atendiendo al principio cuya alteración las genera. Pero a su vez la estrecha relación hombre-cosmos, su identidad recíproca, obliga a buscar sus raíces astrológicas; si bien, la importancia del medio y de los agentes naturales se toma en cuenta, idea reiterada en numerosas ocasiones,³⁵ el determinismo astrológico tergiversa la orientación de estas relaciones hacia el esoterismo y la magia natural, uno de los más fuertes

³⁴ Paracelso, Ob. cit. p. 187.

³⁵ En pasaje de su obra, Paracelso se refiere al intercambio entre el hombre y el medio, en forma de alimentación ("todos nuestros alimentos poseen algo de nuestro propio ser, por lo que al comer comemos siempre algo de nosotros mismos, lo que también ocurre a cada medicina respecto a la consideración específica de la enfermedad para la que está destinada". Ob. cit. p. 182) o a la teoría de los venenos ("lo cierto es que en el mismo lugar de la tierra donde existe un veneno mortal, existe también un exacto contraveneno y que del mismo modo que se engendran las enfermedades se produce la salud". Ob. cit. p. 195). En el *Libro de las entidades morbosas*, afirma acerca de la respiración: "en el aire se encuentran habitualmente grandes cantidades de veneno, al que estamos habitualmente expuestos" (ob. cit. p. 81). Según la dosis y el grado de pureza, una sustancia será o no asimilable para el hombre: "El fuego, el agua y el aire son, por ejemplo, tan necesarios en sus diversas combinaciones como perjudiciales en estado de pureza" (Ob. cit. pp. 80-81).



lastres de Paracelso. Por eso los talismanes pueden preservar de la enfermedad tanto como de otros males, si se "fija" en los mismos la aspectación favorable de los astros que provocan o combaten algún hecho nocivo.³⁶ Aquí se presta atención no al aspecto moral o espiritual sobre el cual ejercen su influencia los astros sino el funcionamiento del órgano que cada uno de ellos rige. La vida del hombre no se determina fatalmente por el curso de los astros pues ya examinamos cómo el hombre es libre. Estas influencias afectan zonas particulares, pero no necesariamente al hombre integral unido al *nóus*, cuyo grado de desarrollo rebasa la simple *anima*, individualización del *anima mundi* neoplatónica y en la cual sí pueden influir los astros. Esta crítica a la astrología tradicional intenta mitigar el carácter supersticioso de la misma tan extendido en la época y relacionar sólo anatómica y fisiológicamente

³⁶ Véase: Paracelso *Archidoxia mágica*. En Zaldibidea, V. v otros Ob. Cit. pp. 314-319.

te macro y microcosmos: "carece de razón todo lo que se ha venido diciendo a propósito de la inclinación o predisposición. Los que afirman que por esta razón el hombre pueda poseer una inclinación hacia Marte, Saturno o la Luna o bien que por tales motivos está predestinado a ser un ladrón cometen un grave error y una bribonada además.

"(. . .) el hombre más poderoso que Marte y que todos los planetas juntos.

"Aquél que estudie el cielo y el hombre con verdadera seriedad y con honestidad científica sabrá que nada de esto puede ser posible y que por el contrario, la imagen del hombre es tan noble y se halla colocada tan alto y tan cerca de Dios, que está efectivamente pintada en el cielo con todas sus acciones e inclinaciones buenas o malas. Lo cual no puede decirse que sea la Inclinación, pues por más que los partidarios de esta idea intenten atenuar su error diciendo que la Inclinación

no es necesaria, el artificio no pasa de ser un ingenioso intento de desmascarar su ignorancia".³⁷

Aquí el código humanista se revela con toda su fuerza. La voluntad y la inteligencia del hombre rebasan y someten cualquier aspecto particular que sobre él actúe pero incluso su vitalidad sobrepasa los poderes negativos. La presencia de Pico subyace tras estas frases. Ambos, humanistas, esóteras, científicos, se rebelan, desde distintas perspectivas, contra el fatalismo que atenta contra el hombre y su poder absoluto sobre el orbe: en Pico, de forma más cercana a la axiología; en Paracelso, ya con una orientación también científico-natural, explícita en su concepción de la medicina y su importancia, el principio antropológico nuclea a su alrededor todos los aspectos de la teoría. La razón de la existencia de los médicos espagiristas es precisamente esta posibilidad de determinar el curso de su vida, inherente sólo al hombre. Por eso, no hay enfermedades incurables, sino sólo enfermedades cuya esencia y causas se desconocen. El conocimiento científico, infinito como la naturaleza misma, exige no establecer jamás conclusiones definitivas y revisar constantemente lo ya adquirido a través de la experiencia, idea que reiterará su crítico, Francis Bacon.

La tradición humanista había sido llevada al mundo germánico medio siglo antes por el cardenal de Cusa. Su biblioteca se encontraba desde años atrás en Cues, su ciudad natal,³⁸ de modo que bien cerca de su país y no sólo a través de Trithemius, tuvo Paracelso referencias sobre el nuevo concepto del mundo y del hombre floreciente en Italia, por la cual viajó, aunque ninguna visión del problema resultara más convincente que la del Cusano, quien sintetizara la tradición panteísta alemana y la antropología humanista. La función de la medicina es mantener o restituir el equilibrio dinámico de los principios que conforman al hombre, el cual se traduce como salud y disfrute de todos sus poderes, o sea que el médico, guardián de lo humano, resguarda su alma y su inteligencia con el cuidado del cuerpo. Paracelso escribe: "Persuadíos de que Dios ha creado los médicos no sólo para que curen el catarro, el dolor de cabeza, los abscesos y los dolores de muelas, sino también la lepra, la apoplejía, la epilepsia y todas las enfermedades sin excepción".

³⁷ Paracelso. *Obras completas*. t. I, p. 241.

³⁸ Véase: Wind. E. Ob. cit. Apéndice 1: "Niccolás de Cusa en Italia", pp. 243-244. Figura allí una cita de Pico en la que afirma: "... cupiebat proficisci in Germaniam maxime studio visendae bibliothecae olim cardinalis de Cusa".

“Si somos incapaces de curar estas enfermedades podemos decir que nos falta arte o sabiduría, o bien que hemos olvidado de impetrar la bendición de Dios, pues en verdad, todo lo que hay sobre la Tierra puede ser susceptible de curación por la medicina, excepción hecha de aquello que llega a penetrar y dañar los nervios, cuya cosecha no nos ha sido concedida”.³⁹

Paracelso reconoce la posibilidad del progreso en nuestros conocimientos. Su carácter antidogmático se pone de manifiesto al reconocer la necesidad de la constante búsqueda de nuevos y mejores medios de curación, propósito que se encargaron de reafirmar todos los grandes pensadores renacentistas. La ciencia médica abarca tres campos: hombre, mujer y matriz. El médico alcanza el más alto grado posible de autoconciencia, de acuerdo con la alianza entre teología, medicina y filosofía, a las cuales se subordinan todas las ciencias. La teología revela al hombre lo divino; la filosofía, su manifestación en la naturaleza, y la medicina, la concreción de ambos en el microcosmos. De esta forma, también la autoconciencia es un proceso infinito. En el *Paramirum*, se señala la existencia de dos microcosmos diferentes y complementarios —el hombre y la mujer— imposibles de identificar sin caer en un grave error, y cuyas enfermedades requieren tratamientos diferentes. A pesar de estar constituidos igualmente por los tres principios, éstos se manifiestan de distinta manera en uno y otra:⁴⁰ el hombre es microcosmos por reunir todos los elementos y tipos de actividad; la mujer lo es por poseer una fuerza generatriz inconsciente, que alimenta y conforma toda nueva criatura. La analogía con el mito platónico, como ha señalado E. Wind,⁴¹ es evidente: ambos y no uno solo resultan en su unidad idénticos al Universo, en el cual existen una fuerza activa —el azufre—, una fijadora —la sal—, y una neutra o transmisora —el mercurio—, cuyo símbolo es el hermafrodita o síntesis de las dos anteriores. Pero hay más: en la doctrina neoplatónica, el Uno y la materia se unen entre sí para dar lugar al Universo en sus condiciones respectivas de principios activo-masculino y pasivo-femenino, a través de un elemento mediador, identificado también como el mercurio: el *anima mundi*. Si bien el alto contenido especulativo de esta idea no es de gran valor para la ciencia y pertenece a aquella parte de la alquimia que con razón sometieron a severas críticas Bacon y Boyle,

trajo una consecuencia que sí fue muy útil, y es la necesidad de un estudio específico de las enfermedades en la mujer, por cuanto pueden todas afectar o depender del tercer microcosmos, la matriz. El delicado aparato reproductor femenino interactúa tan estrechamente con el resto de los sistemas del organismo, que el curso de las enfermedades y la interpretación de los síntomas no pueden siempre ser idénticos, lo que señala Paracelso en el pasaje antes aludido. Como en tantas oportunidades, la dialécti-

Según Paracelso, todo lo capaz de generar es, en sentido amplio, matriz. Pero la matriz femenina es más completa, pues siendo la unidad de los tres principios, renueva el microcosmos al generar nuevas criaturas. Expresa así la capacidad de autopropagación del hombre, o sea, su Infinitud como especie que contrasta con la finitud del individuo. Es, como la teogonía órfica indicara, el huevo pristino del cual surgió todo el universo.^{**} De ahí que Paracelso creyera posible obtener el homúnculo reprodu-



ca del movimiento y las concatenaciones universales común a los pensadores renacentistas, sirve a Paracelso para aportar una concepción sistémica del organismo vivo, en particular del humano, que no superarían Harvey ni los mecanicistas de los siglos XVII y XVIII pese a sus precisas descripciones anatómicas. Paracelso propone, de forma rudimentaria, el estudio de la anatomía y su comprensión a partir de la fisiología, pues la estructura del órgano es significativa a la luz de su funcionamiento y su interrelación con los restantes. El procesamiento del azufre, la sal y el mercurio, por los cantros del organismo como el Alquimista y el Tártaro, explican la salud y la enfermedad.

ciendo *in vitro* las condiciones de la matriz y empleando esperma. Según todo esoterismo, el poder, que alcanza lo im-

** Alusión a la doctrina órfica que figura en el *Tratado de la matriz del Paramirum*, donde raza: “existen tres matrices: la primera es el Agua, sobre la cual fue llevado el Espíritu del Señor. En ella se crearon el cielo y la tierra” (pp. 334-335). No sólo hay una notable correspondencia con la idea del huevo, presente por lo demás en la tradición hermética general, sino la fusión, común en la época y remontada a los primeros siglos del cristianismo, como la gnosís, entre lo cristiano y lo pagano. Boyle, como señala E. Wind (ob. cit., p. 141) con sus comentarios acerca del huevo, denota la influencia paracelsica en su pensamiento, aceptado sin embargo, entre los historiadores de la ciencia, como el de un científico moderno.

39 Paracelso, Ob. cit. p. 191.

40 Paracelso, Ob. cit. p. 321.

41 Wind, E. Ob. cit. pp. 141 y 213-216

posible para el hombre ordinario, es una consecuencia de la sabiduría, capaz de distinguirla del mero conocimiento. La *Imitatio Christi* alquímica hace, también en este caso al hombre semejante a Dios, al "despertarlo" al universo oculto, inteligible.

La definición que del objeto de la medicina realiza Paracelso expresa sus proyecciones filosóficas: "la Medicina consiste en el conocimiento de las causas y en la ciencia del tratamiento".⁴² Si se compara con la hipocrática, resaltarán sus profundas diferencias: "la Medicina es el arte de curar las enfermedades por sus contrarios. El arte de curar, el de seguir el camino por el cual cura espontáneamente la naturaleza".⁴³ Desde el inicio del *Paramirum*, Paracelso se opuso a esta concepción dogmática sobre los contrarios, cuya utilidad es muy relativa y depende del caso analizado. Ambos aparentemente se proponen que Hipócrates se basa en meras descripciones de sintomatología y en la teoría de los humores, Paracelso defiende el estudio experimental anatómico y fisiológico, además de buscar en la composición de las partes y fluidos del cuerpo o en sus desechos el origen de las enfermedades. El mal se elimina a partir de sus causas y síntomas análogos pueden corresponder a enfermedades muy diferentes, de lo cual depende el específico a emplear. Además de las purgas, vomitivos y venenosas que predicaban Galeno, Hipócrates y Avicena como panaceas, Paracelso acude a sus estudios de la farmacopea culta y popular de Europa, acopiados en sus viajes. De ahí que, ciencia en desarrollo, la medicina renueve sus preceptos en lugar de predicar eternamente los mismos, ya que todo es curable, poséase o no la clave para ello. De los antiguos asimila, como todo médico renacentista, la minuciosa observación del curso de la enfermedad y las circunstancias en que se desencadena. Pero es más importante aún saber que el tratamiento médico es una guerra contra la muerte y en particular contra la provocada por los errores del médico.

Para Hipócrates, la muerte, prefijada, es un desenlace que, cuando debe producirse, el médico sólo puede pronosticar para salvar su prestigio (*Pronósticos* 418-419). Según Paracelso, es una amenaza constante; no un accidente o fin preestablecido para una enfermedad dada, sino fenómeno obligatorio para todo ser viviente, pero factible de acelerar por la separación de las sustancias que provocan las enfermedades. Contra la muerte natural, designio divino, nada puede

hacerse; contra la segunda combate el médico tratando de restablecer el equilibrio perdido.

"Entretanto, la Muerte se mantiene a nuestro lado, esperando pacientemente que nuestras guerras intestinas le ofrezcan la ocasión para ponerse ante nosotros y poseernos, ya que la muerte ignora verdaderamente la hora en la que debe introducirse en nuestro cuerpo y en la que debe matar (. . .). Sólo cuando la Muerte ignora la hora y el minuto de nuestro fin —y precisamente porque lo ignora— se deja rechazar y vencer por la medicina, a pesar de lo cual siempre procura acercarse todo lo posible, ya que cree que cada momento puede ser el suyo".⁴⁴

Puede constatarse de inmediato que la personificación de la Muerte hecha por Paracelso se enmarca en la simbología escatológica medieval plasmada en el *Ars moriendi*, el tema de la danza macabra o los *quattor hominum novissima*. Dios, esencia vital de acuerdo con el panteísmo neoplatónico, otorga la chispa de la vida a los tres principios combinados. Este principio vital o mumia, el análogo del principio M, es un fluido imponderable, incaptable para el hombre común, que abandona el cuerpo al ocurrir la muerte. Nunca la muerte resulta un estado definitivo, sino significa dejar de existir como sistema independiente, asumir la condición de componente de un sistema más amplio, y reaparecer formando parte de una nueva estructura. Más de un siglo después, G. W. Leibniz recogería las doctrinas de Agrippa, Paracelso y su discípulo Van Helmont para sustentar su postura con respecto a la transmigración.⁴⁵ A través de su dialéctica idealista entre vida y muerte, libertad y necesidad, movimiento y reposo, en la cual cada polo de la antinomia no constituye sólo el punto de partida de la existencia y del conocimiento de su contrario, sino que lo expresa, como forma de manifestación de la madre común, Naturaleza, expone Paracelso su convicción acerca de la indestructibilidad de la materia y el movimiento, de lo inagotable del universo, idea profundamente trabajada por Nicolás de Cusa en el siglo XV. Las ciencias que se ocupan de regiones parciales del cosmos son las columnas de la medicina: astronomía, alquimia, teología, virtud. Tal y como predicara Cusa, la infinitud del Universo, que limita en cada instante los conocimientos

humanos, hace que estén "lejos de la exactitud de la verdad la medicina, la alquimia, la magia, y las demás artes de las transmutaciones, si bien alguna sea más veraz en comparación con otras, como la medicina es más veraz que las artes de las transmutaciones, como de por sí es evidente".⁴⁶ Es decir, que su superioridad reside en la capacidad de restituir la naturaleza afectada. La obra de redención de la materia, trasladada en Paracelso a la redención física del hombre, equivale a la custodia del género humano. De acuerdo con esto, la conservación y atención al cuerpo se vuelve parte del proceso de ascensión espiritual del alquimista, con lo cual Paracelso confiere una nueva forma a una idea presente en la alquimia a lo largo de su historia.

La mumia merece, por su vinculación con el principio M, especial atención, E. Lluesma interpreta a ambos como una y la misma cosa.⁴⁷ La vida es un estado de equilibrio dinámico entre los principios, que actúan a su vez sobre la disposición de los cuatro elementos. La destrucción y reposición constantes son su condición esencial. Esta unidad de contrarios es reiterada en el *Tratado de las entidades morbosas*, en el *Tratado de la Matriz* y en otros tópicos del *Paramirum*, al referirse a la alimentación y a la eliminación de toda sustancia superflua o nociva en forma de *excremento*. De manera rudimentaria, afirma que los alimentos encierran ojos, manos, corazones y todo tipo de órganos invisibles, los cuales, tras la digestión y liberados por ella, nutren a sus homólogos. A pesar de la fantasía contenida en esta afirmación puede advertirse que Paracelso reconoce que los alimentos encierran distintos tipos de nutrientes, cuyos residuos, de no ser eliminados, se tornan venenos como cualquier tóxico introducido en el organismo. La enfermedad también manifiesta el principio activo que constituye la esencia de la vida. Todo en el cuerpo lucha contra los agentes extraños que corrompen los órganos y producen la muerte. Hipócrates insistía en dejar obrar a la Naturaleza. Paracelso insiste en ayudarla con medicamentos adecuados: "cuando la muerte ha ocupado todo nada habrá ya que pueda rechazarla. Sin embargo, si sólo se ha introducido o dominado en una parte, entonces la medicina puede cooperar y auxiliar a la naturaleza, restituyéndola en su integridad".⁴⁸ Por eso la utilidad de los remedios minerales, preparados por la iatroquímica, aunque el cuerpo afectado nun-

42 Paracelso. Ob. cit. p. 322.

43 Hipócrates. *Aforismos y Sentencias*. Ed. TOR, B. Aires, s/f, p. 18.

44 Paracelso. Ob. cit. p. 221.

45 Véase: Leibniz, G. W. *Sämtliche Schriften und Briefe*. Zweiter Reihe. Erster Hand. Akademie-Verlag. Berlín., 1972, s. 253.

46 Cusa, N. de *La docta ignorancia*. Aguilar. Madrid 1957, pp. 103-104.

47 Véase: Paracelso. Ob. cit. p. 59 (Nota al pie de página).

48 Paracelso. Ob. cit. p. 208.

ca recupera la salud perfecta de la que gozara antes del ataque. En las afecciones actúa, en el proceso de autorrestitución del organismo, la mumia. Su manifestación más evidente se observa en la cicatrización de las heridas. El sentido crítico de Paracelso da en este caso la razón a Hipócrates, cuyo *primum non nocere* desautoriza en tantas ocasiones. La carne "nace de nuevo" y el médico debe eliminar los obstáculos y cuidar de no introducir ninguno para la feliz culminación del proceso, a menos que se produzca una infección, lo que expresa Paracelso a través de la necesidad de una acción artificial cuando la herida se inflama.⁴⁹ El constituir la esencia del hombre revela el carácter simultáneamente material y espiritual de la mumia, pues a partir del vitalismo neoplatónico que sustenta Paracelso, materia y espíritu, en íntima unidad, se influyen mutuamente, pero siempre el principio de animación inherente a cada cuerpo imprime su sello particular al sistema. El isomorfismo existente entre el hombre y el universo explica la identidad entre el principio M y la Mumia. Esta también conserva y regenera. Su relación con la sangre ha sido sustentada por Allendy y Lluésma, entre otros. Dicha interpretación parece desprenderse de aseveraciones como ésta: "los griegos también conocieron un filtro preparado con sangre, pero no le dieron ese nombre, así como a los cuerpos embalsamados, según Herodoto y Plutarco".⁵⁰ El poder de la mumia no se limita a las heridas sino que se extiende a todo proceso interno. El esoterismo concedió, desde la más remota antigüedad, un valor mágico a la sangre, prueba del cual son, por ejemplo, la prohibición de ingerirla presente en la ley mosaica y la doctrina de Empédocles sobre ésta como asiento del pensamiento. Valor redoblado adquiere en la ciencia renacentista. Paracelso asocia la mumia con las sustancias que, empleadas en la preparación de las momias, permite su conservación ("dicho término es desconocido también en la lengua copta, pero en cambio existe en árabe, donde se refiere *correctamente* a las momias egipcias").⁵¹ (El subrayado es nuestro). Conserva el organismo donde la vida ha desaparecido impidiendo la disgregación de los elementos y el retorno al seno de la naturaleza. Estas aplicaciones de la mumia no son más que otras modalidades de la terapia química, que prepara sus remedios según las características del propio organismo. Toda sustancia encuentra su homólogo en el

49 Véase: Paracelso O. cit. pp. 211-214, en que se trata del modo de obrar con las heridas sin complicaciones o con ellas.

50 Paracelso, Ob. cit. p. 213.

51 Paracelso, Ob. cit. p. 213.

cuerpo humano y hasta los venenos existen en éste, en pequeñas cantidades. No es de extrañar pues la proyección homeopática y hasta opoterápica de sus enseñanzas, fruto de antiguas tradiciones (la venta del "polvo de momia" durante la Edad Media, tan ligada al uso de la sangre en la hechicería). Dejar obrar a la naturaleza es la forma más simple de actuar conjuntamente con ésta, según sus propias leyes, es la segunda forma. León Vannier, uno de los más ardientes defensores, en nuestro siglo, de la medicina homeopática, señala como uno de sus precursores a Paracelso.⁵² El valor de la homeopatía no es desde luego, universal, y las propias investigaciones en medicina lo han comprobado. A pesar de esto, tuvo a su favor señalar el carácter curativo de ciertas sustancias a partir del déficit que el organismo experimenta de ellas. Nada elaborado arbitrariamente y desconociendo las leyes naturales puede tener eficacia desde el punto de vista científico. Cuando Paracelso escribe: "Existen, pues tantas propiedades interiores en la Naturaleza como manifestaciones exteriores en la ciencia. Estas últimas se deducen de las primeras y son fruto del estudio. De ello resultamos tales exteriormente que llegamos a poder cumplir las mismas cosas que nuestra naturaleza realiza dentro de nosotros",⁵³ establece, a partir de su práctica individual uno de los puntales metodológicos de la investigación científica que, a principios del siglo XVII, sistematizaría F. Bacon: "ciencia y poder humano coinciden en una misma cosa, puesto que la ignorancia de la causa defrauda el efecto. A la naturaleza no se la vence si no es obediéndola, y lo que en la observación es como causa, es como regla en la práctica".⁵⁴

La iatroquímica, de acuerdo con el análisis realizado, fue la primera forma moderna de la química; tuvo un objeto de estudio más preciso, más estrictamente científico desde el punto de vista moderno. Ya no la piedra filosofal, sino la conservación de la salud y la vida se convirtió en preocupación de Paracelso y sus discípulos. Bajo el lenguaje rudimentario, poco preciso, pleno de símbolos herméticos, encubre ideas renovadoras acerca de la composición del universo y del hombre en particular que contribuyen poderosamente a la ruptura con los viejos esquemas, confirmando una vez más la observación de F. Engels: "la auténtica ciencia de la naturaleza

52 Véase: Vannier, L. "La tradición científica de la homeopatía".

En: Carrel, A. *Medicina oficial y medicinas arcaicas*. Luis de Caralt, Editor, Barcelona 1965, pp. 69-64.

53 Paracelso, Ob. cit. p. 213.

54 Bacon, F. *Novum organum*, p. 72.

sólo data de la segunda mitad del siglo XV y, a partir de entonces, no ha hecho más que progresar con ritmo constantemente creciente. El análisis de la naturaleza en sus diferentes partes, la clasificación de los diversos fenómenos y objetos naturales, en determinadas categorías, la investigación interna de los cuerpos orgánicos según su diversa estructura anatómica, fueron otras tantas condiciones fundamentales a que obedecieron los progresos gigantescos realizados en el conocimiento de la naturaleza durante los últimos cuatrocientos años".⁵⁵

III. Conclusiones: Paracelso, científico burgués

La ruptura del mundo occidental con la ideología proveniente de la Edad Media, conllevó tanto la asimilación de la ciencia y cultura griegas, largamente conservadas y reelaboradas por el Oriente, como el desarrollo de elementos presentes en la propia cultura medieval, entre ellos el pensamiento alquímico, que por primera vez planteó, en el sistema de los conocimientos, la necesidad de apelar a fuentes experimentales. En este sentido, coincidimos con el historiador V. Rabinovich, quien supera, desde el punto de vista marxista, el enfoque unilateral, demasiado frecuente en el tratamiento del problema, sobre los orígenes de la ciencia y el pensamiento de vanguardia modernos "a pesar" del gravamen representado por la conciencia social medieval. El Renacimiento, periodo de transición, exige a nuestro juicio la valoración profunda y objetiva de la continuidad y ruptura entre ambas épocas a partir del nacimiento paulatino de una nueva formación económico-social. Es desde esta óptica que debemos preguntarnos: ¿resulta posible valorar a Paracelso como científico siendo, como hemos visto, su pensamiento, una amalgama de conocimientos y mística, en un contexto fuertemente especulativo? Ante todo, no debemos olvidar que la actitud humanista fue uno de los condicionantes, en el plano de la conciencia social, de la renovación en ciencias y en filosofía ocurrida en los siglos XV-XVII. El humanismo evolucionó, paralelamente y en estrecha correlación con la ciencia renacentista, pero los primeros atisbos de la ciencia moderna tuvieron en éste un sólido apoyo, muy anterior a la cadena de descubrimientos que dieron lugar a la ruptura con los paradigmas escolásticos. Siendo el humanismo una nueva proyección de la conciencia social, irreductible al ámbito de las ciencias naturales, aglutinó elementos muy diversos, el religioso en-

55 Engels, F. *Anti-Dühring*. Ed. Política. La Habana, 1963, pp. 30-31.



tre otros, cuyo peso no era nada despreciable, si se tiene en cuenta la cercanía de la Edad Media. El humanismo de los siglos XV y XVI fue un fenómeno típicamente burgués. A esto se refiere Engels cuando apunta: "todo el período del Renacimiento, desde mediados del siglo XV, fue en esencia un producto de las ciudades, y por lo tanto de la burguesía, y lo mismo cabe decir de la filosofía, desde entonces renaciente; su contenido no era, en sustancia, más que la expresión filosófica de las ideas correspondientes al proceso de desarrollo de la pequeña y mediana burguesía hacia la gran burguesía".⁵⁶ La misma burguesía interesada en el desarrollo de la investigación científico-natural basó teóricamente dicha tendencia en una nueva visión del mundo, que paulatinamente se plasmó, en formas muy diversas, en el plano filosófico, hasta que el propio desarrollo científico influyó, tras una acumulación de dos siglos, en la formación

56 Engels, F. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. En: *Obras escogidas*. Ed. Política, La Habana, 1965, p. 263.

del racionalismo y el empirismo de los siglos XVII y XVIII. Lo que en un inicio, desde fines del siglo XIV y principios del XV fue una gradual reelaboración, con figuras transicionales como Nicolás de Cusa, de textos heréticos medievales, sobre una base eminentemente especulativa, pero tendiente a perspectivas naturalistas, se convirtió, a fines del siglo XV y durante el XVI, con vertiginosa rapidez, en una concepción de la naturaleza cada vez más respaldada por pruebas científicas. En la evolución progresiva de estas ideas intervinieron también elementos del pensamiento religioso, sobre todo en sus variantes esotéricas, o en la interpretación cristiana de sistemas de la antigüedad grecorromana o judeo-árabes. No puede olvidarse que "la Edad Media anexionó a la teología, convirtió en apéndices suyos, todas las demás formas ideológicas (...). Con ello, obligaba a todo movimiento social y político a revestir una forma teológica".⁵⁷ Paracelso fue uno más entre los que, como Bru-

57 Engels, F. Ob. Cit. pp. 264-265.

no, Kepler, Pico, León Hebreo o Vesalio, establecieron sus innovaciones sobre una base místico-naturalista, deísta, panteísta.

La ruptura con el pensamiento escolástico tuvo uno de sus pilares en la defensa del valor de la experiencia sensible como única fuente del saber. De ahí la coexistencia temporal de la especulación y la experiencia en la investigación de la naturaleza fuertemente dirigida, sin embargo, contra el principio de autoridad. Al *trivium* y el *quadrivium*, artes "nobles", igualaron primero y sustituyeron después, a aquellas que trataban de lo corruptible, otrora juzgado "inferior". La medicina fue una de éstas y reflejó, según hemos visto, el antropocentrismo renacentista. Al carácter disperso de los experimentos fue sucediendo su aplicación sistemática. La vinculación entre alquimia y medicina llevada a cabo por Paracelso, contribuyó a superar el lastre místico de la primera, al ponerse en función de objetivos cuya piedra de toque, la curación, limitaba forzosamente las interpretaciones artificiosas de los resultados. Si a la par se aplicó Paracelso a la fabricación de talismanes, homúnculos y profecías astrológicas, propios de la tradición hermética a la cual pertenecía, no hizo más que expresar las contradicciones propias del hombre de su tiempo y, en particular, de los países germánicos, cuya tradición, debido a su peculiar devenir histórico, pesó más fuertemente que la de muchos otros países europeos en la conformación de la nueva actitud científica y filosófica. Tuvo el mérito de concebir, como premisa para el conocimiento del cuerpo humano y el tratamiento de sus enfermedades, su vinculación con el medio, su composición química y la alteración de las proporciones en que intervienen los principios en la conformación de los órganos y en los procesos fisiológicos como causa fundamental de las enfermedades. Su concepción de la vida como autoactividad e intercambio constante con el medio exterior constituyen, pese a sus limitaciones idealistas y epocales, aportes a los que el ulterior devenir de la ciencia rendiría homenaje. La iatroquímica fue un logro incuestionable de la escuela paracélsica, al sustituir la medicina vegetal y animal por la farmacopea mineral, pues se trataba del primer intento sólido de interpretar la acción de los medicamentos en términos químicos. Si bien serían aún necesarios casi tres siglos para la superación de creencias opoterápicas, que aparecen en el *Paramirum* al referirse al proceso de la alimentación, Paracelso comprendió que, no la similitud entre los órganos como tales, sino sus componentes, actúan sobre las causas de la en-

fermedad. Si bien no rebasó la teoría de los tres principios en interacción con los cuatro elementos, procuró determinar sus diferencias de pesadez, ligereza, reactividad y la diversidad de estados en los que aparecen en la naturaleza. A la redención alquímica del mundo añadió la redención, no sólo física, sino también espiritual del hombre, por lo que la alquimia, a la par de todas las disciplinas, fue puesta en función de las necesidades terrenales. Las ciencias de la vida no podían, en el siglo XVI, dada la complejidad de la forma de movimiento que abordan, obtener resultados de tan largo alcance como la astronomía o la mecánica, que abordan fenómenos más factibles de estudio por la observación inmediata, o con ayuda de instrumentos menos complejos. Un paso decisivo hacia la concepción moderna de la fisiología fue dado por este original investigador. Más de dos siglos debían transcurrir para que la acumulación de conocimientos permitiera dar forma sistemática y argumentada a lo que aparece en su obra como conjunto de intuiciones.

Al hacer honor a sus intenciones

tamos llenar un doble cometido: contribuir al esclarecimiento de algunos de los factores concurrentes en la primera revolución científica global, que marca los orígenes de la ciencia moderna, y señalar como limitaciones históricas

inseparables de la concepción del mundo en el siglo XVI la admisión, entre las leyes y esencias del mundo

de las fuerzas irracionales e imponderables. La creencia en la magia, la astrología, la cábala, comprensible en la difícil época en que viviera Paracelso y que podía aparecer ligada incluso a ideas de vanguardia, resulta del todo inaceptable en nuestros días, en que el progreso del pensamiento humano ha depurado las ciencias de misticismo y en que la concepción del mundo marxista-leninista ofrece las premisas para una interpretación verdaderamente objetiva de la realidad y el devenir histórico del conocimiento. Ninguna relación pues, existe entre el valor de las ideas paracelsicas, que a pesar de las insuficiencias propias de su idealismo objetivo, su misticismo y las limitaciones del conocimiento, supondrían un giro radical a la alquimia, y la

propaganda anticientífica reaccionaria de sectas y corrientes que, en nuestros días, pretenden conciliar ciencia y religión, supersticiones y pensamiento racional. Ajenos a los propósitos de Paracelso, Telesio, N. de Cusa, resultan los intentos de desviar la atención del hombre contemporáneo de los problemas más candentes sociales, éticos, cognoscitivos, hacia falsas salidas espiritualistas. El destacado historiador de la ciencia, G. Sarton escribió en una ocasión: "difícilmente puede elogiarse a una persona por una expresión cuerda cuando ésta aparece irremediadamente mezclada con supersticiones, o por un invento que se pierde en una *mare magnum* de fantasías".⁵⁸ De ese difícil elogio se hace acreedor Paracelso, si recordamos que, "el oscurantismo clerical (idealismo filosófico), por supuesto, tiene raíces epistemológicas, no carece de fundamento; es, sin duda, una flor estéril, pero una flor estéril que crece en el árbol vivo del conocimiento humano".⁵⁹

58 Sarton, G. *Sais alas*. Ed. Universitaria de Buenos Aires, 1965, p. 91.

59 Lenin, V.I. *Cuadernos filosóficos*, p. 365.

BIBLIOGRAFIA

- Clásicos del marxismo-leninismo**
- Marx, C. y Engels, F. *Obras Escogidas*, 3 Vols. Ed. Pol. La Habana, 1963.
 - Marx, C. y Engels, F. *Sobre la Religión*. Ed. Pol. La Habana, 1963.
 - Engels, F. *La Guerra campesina en Alemania*. Ed. Progreso, Moscú, 1981.
 - Engels, F. *La guerra de los campesinos en Alemania*. Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
 - Engels, F. *Anti-Dühring*. Ed. Política. La Habana, 1963.
 - Engels, F. *Dialéctica de la naturaleza*. Ed. de Ciencias Sociales. La Habana, 1979.
 - Lenin, V.I. *Cuadernos Filosóficos*. Ed. Política. La Habana, 1964.
- General**
- Abbagnano, N. *Historia de la filosofía*, T. I y II, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1971.
 - Alléngy, Dr. René. *Paracelso, el médico maldito*. Ed. Schapire. B. Aires. 1946.
 - Ambartsumián, V. y Kozlutinski, V. "Las revoluciones en las ciencias naturales: aspectos filosóficos". En: *Revista Ciencias Sociales*. Academia de Ciencias de la URSS, 1978. No. 3.
 - Babor, J. A. e Ibarz, J. *Química general moderna*. Ed. Ciencia y Técnica. Instituto del Libro. La Habana, 1970.
 - Bacon, F. *Del adelanto y progreso de la ciencia divina y humana*. Ed. Lautaro. B. Aires, 1947.
 - Bacon, F. *Novum organum*. Ed. Losada. B. Aires, 1949.
 - Cusa, N. de *La docta ignorancia*. Ed. Aguilar B. Aires, 1957.
 - Carrel, A. *Medicina oficial y medicinas heréticas*. Luis de Caralt, Editor, Barcelo, 1956.
 - Cassirer, E. *El Problema del conocimiento*, T. I. F.C.E. México, 1953.
 - Cassirer, E. *Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento*. Ed. EMECE, Editores, S. A. B. Aires, 1951.
 - Dampier, Sir. W. C. *A history of science*, Cambridge at The University Press, 1948.
 - Ellade, M. *Herreros y alquimistas*. Teurus Ediciones, S. A. Alianza Editorial, Madrid, 1974.
 - Erasmo, *Obras Escogidas*. Aguilar, Madrid, 1956.
 - Franke, L. *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*, U.T.E.H.A. México, 1959.
 - Faggin, G. *Meister Eckhart y la mística medieval alemana*. Ed. Sudamericana, B. Aires, 1953.
 - Guyénot, E. *Las ciencias de la vida en los siglos XVII y XVIII*. U.T.E.H.A. México, 1956.
 - Graf, A. *The story of the devil*. The McMillan Company, New York, 1931.
 - Hipócrates, *Aforismos y Sentencias*. Ed. TOR B. Aires, s/f.
 - Hirschberger, J. *Historia de la filosofía*. Vol. I. Ed. Herder, Barcelona, 1973.
 - Hull, L.W.H. *Historia y filosofía de la ciencia*. Ed. Ariel, Barcelona, 1961.
 - Holmyerd, E. J. *Alchemy*. Penguin Books. Middlesex, 1957.
 - Jung, C. *Psicología y alquimia*, Santiago Rueda. Editor, B. Aires, 1957.
 - Kearney, H. *Orígenes de la ciencia moderna, 1500-1700*, Ed. Guardarrama, S. A. Madrid 1970.
 - Kedrov, B. *Clasificación de las ciencias*. Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
 - Kunn, T. *La Estructura de las revoluciones científicas*. F.C.E. México, 1971.
 - Lange, F. A. *The history of materialism*. Hartcourt, Brace & Company, inc. New York, 1925.
 - Leibniz, G.W. *Discurso de metafísica*. Revista de Occidente. Madrid, 1942.
 - Leibniz, G.W. *Fundamentos de la naturaleza*. Ed. TOR. B. Aires, 1940.
 - Leibniz, G.W. *Sämtliche Schriften und Briefe*. Zweite Reihe Erster Band. Akademie-Verlag, Berlin, 1972.
 - Miell, A. *Panorama general de la ciencia*, vols. V y VI *Espasa Calpe*, S. A. B. Aires, 1952.
 - Dr. Mousson-Lanauze. *A través de la opoterapia*. Laboratoires Couturleux. Madrid, 1952.
 - Paracelso. *Obras completas*. T. I. Ed. Kier. B. Aires 1945.
 - Pauling, L. *Química General*. Ed. Revolucionaria. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1964.
 - Plotón. *Diálogos*. E.D.A.F. Madrid, 1965.
 - Quegliano, J. *Chemistry*. Instituto del Libro, La Habana, 1968.
 - Rabinovich, V. "La tradición empírica y alquímica". En *Revista Ciencias Sociales*. Academia de Ciencias de la URSS, 1980, No. 1.
 - Remy, H. *Treatise of Inorganic chemistry*. Vol. I Ed. Revolucionaria, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1974.
 - Sarton, G. *Sais alas*. Ed. Universitaria de B. Aires, 1960.
 - Sarton, G. *Ciencia antigua y civilización moderna*. F.C.E. México, 1960.
 - Sherwood Taylor, T. *La alquimia y los alquimistas*. Ed. A.H.R. Barcelona, 1954.
 - Sherwood Taylor, T. *Pasado y presente de la ciencia*. Salvat Edits., S.A. Barcelona, 1948.
 - Shitkov, M. "Problema dostoinstva cheloveka v filosofii epoji Vozrozdennia". En *Istoriiko-filosofskie issledovaniia, Problema cheloveka v domarksistskoi filosofii*. Uralskii gosudarstvennii universitet. Sverdlovsk, 1978.
 - White, A. D. *A history of the warfare of Science with teolog in Christendom*. Dover Publications, inc. New York.
 - Wind, E. *Los Misterios paganos del Renacimiento*. Barral Editores, S. A. Barcelona, 1972.
 - Zalvidea, V. y otros. *Alquimia y ocultismo*. Barral Editores, S. A. Barcelona 1973.
 - La Biblia. Trad. de Casodoro de Reina. Sociedad Bíblica Americana-Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, B. Aires, s/f.